

## CIRCUNVOLUCIONES PARA UNA FILOSOFÍA APLICADA RIGUROSA

ONFRAY, Michel: *La comunidad filosófica. Manifiesto por una Universidad popular*. Gedisa, Barcelona, 2008. 155 pp.

El francés Michel Onfray es uno de los pensadores más difundidos dentro y fuera de las fronteras de su país: su *Antimanual de filosofía* o el *Tratado de ateología* han sido traducidos a diversos idiomas. Su propagación se funda en la valentía, a veces osadía, frente al establishment, la heterodoxia de sus argumentos y el éxito de sus ideas en medio del amplio espectro de público que acude a la Universidad popular que fundó en 2002. Nuestro autor abandonó su plaza en el *Lyceum* para dedicarse a aquello en lo que había puesto sus ojos desde hacía años: una divulgación de la filosofía que no cayese ni en la canalización, o trivialización, ni en el oscurantismo propiciado por lenguajes herméticos alejados del diario vivir. El presente libro explica (1) las razones de su decisión y (2) conforma un manifiesto que anima a que otros sigan su camino.

La introducción explica las condiciones históricas en que se inauguró el Jardín de Epicuro. Estas primeras líneas componen la primera vanguardia en pos de una apología de una nueva forma de hacer filosofía: la creación de una comunidad que viviese según preceptos filosóficos análogos a los del mencionado Jardín. Con ello, se rozaría el único tipo de revolución posible en nuestra sociedad posmoderna: una insurrección dada por «microcapilaridad» (p. 30), esto es, la actuación de miles de personas desde el diseño filosófico produciría «revoluciones nómadas, transmigrantes, parcelarias, puntuales, capaces de inducir reacciones en cadena» (p. 30).

Una revuelta precisa de una comprensión de la filosofía como un proceso de transformación personal, tal como se vivió en la antigüedad (p. 38). Una sedición de esta naturaleza es necesaria hoy, pues el filósofo, desde la época cristiana, se ha convertido en «auxiliar ideológico del poder» (p. 42). Se justifica esto sobre la base de que, en la contemporaneidad, el experto en arquitecturas de pensamiento no ha fomentado el acto de la reflexión, la dialéctica y la discusión o el contacto

con las clases populares, sino que se ha erigido como expositor de teorías, de las cuales, por cierto, acostumbra a distanciarse en su aplicación cotidiana. Ni que decir tiene que hay excepciones: las clases «abarrotadas» de Bergson en el *Collège de France* o las de Sartre en una «sala arrasada por los aficionados» (p. 47). Pero, he aquí que Onfray saca sus primeras armas contra el exceso contrario. No pretende adherirse a un sucedáneo de filosofía accesible a cualquier tipo de mente débil. Se opone a la biblioteca rosa filosófica compuesta por «los pequeños tratados, los breves vademécums, los léxicos para principiantes y la filosofía sin dificultad; Kant sin Prozac» (p. 53).

El capítulo «institucionalizar» afirma que la filosofía ha sido una mera nota a pie de página de las ideas de Platón. El autor critica que se haya privilegiado más a Sócrates que a Diógenes o Aristipo (de los cuales se conservan más datos históricos y textos escritos). Asimismo, toda la tradición ajena a la Grecia posterior al siglo VI a. C. no se toma en cuenta. Por último, a todo aquel apunte que contraría al creador de la Academia se le hace parecer ostracismo. Por tanto, propone levantarse contra esta línea, sin que esto suponga derrocarla. La proposición es ampliar las raíces filosóficas más allá del platonismo y evitar la falsa ideológica.

El siguiente capítulo dibuja, foucaultianamente, la filosofía estudiada en secundaria (en la *Terminale* francesa). Lejos de ser una asignatura que mueva a la reflexión, auténtico acto filosófico, se encorseta en esquemas periclitados que hacen de esta un acto ideológico al servicio del poder. La abstracción de los contenidos en las clases impide ponerla en contacto con la vida. Con las cosas así dictaminadas, se pregunta *La comunidad filosófica*, «¿cómo lograr que un joven de 18 o 20 años considere la idea de que la filosofía existe en otro lugar, de otra manera y que sirve para otra cosa» más allá de una tramoya desconectada de la vida? (p. 80).

«¡Que la filosofía descienda hasta la calle no quiere decir que tenga que hacer la calle!» (p. 83) será el adagio del siguiente capítulo. Ante la difusión de prácticas filosóficas que llevan la filosofía al diario vivir, se advierte del peligro: la trivialización. Hay que popularizar el acto reflexivo en la forma, no en los contenidos (p. 123). Así, avisa que el café filosófico no debe convertirse en un lugar de terapia grupal, un lugar abierto a la opinión indiscri-



minada, el universo oportuno para la improvisación del facilitador o un mundo proclive a la aparición de «un discurso general, cuentos o pamplinas considerados por su autor como pensamiento profundos, definitivos, revolucionarios e inéditos» (p. 86). Añádase a esto la exhortación a que la literatura filosófica no promueva aquellas obras que dicen respetar una entraña metafísica por el mero hecho de incluir citas de pensadores destacados, siendo sus argumentos débiles y poco sistemáticos. Por último, se aconseja huir de aquellos programas televisivos y de radio que impiden la exposición de argumentos completos, aquellos donde el filósofo es un mero adrezo cuya palabra sólo puede justificar la ideología dominante.

¿Cuál es la propuesta ante este paisaje desolador? Primero, aceptar que hay temas y tratamientos de los mismos de índole filosófica y no temer que otros especialistas los reclamen como propios. Segundo, «acabar con el público incestuoso» (p. 107), es decir, dejar de hacer filosofía sólo para futuros profesores y licenciados en esta materia. Por último, devolver la filosofía al pueblo: «proceder a la mezcla; a contrapelo de la endogamia, practicar la exogamia; para terminar con la sociedad cercada, producir una sociedad abierta; para abolir el reino de la *entreglosa* de los textos, buscar la glosa del mundo; para ir más allá del profesor especialista, anatomista del cuerpo frío de la historia de la filosofía, establecer el poder de los filósofos, de los amantes del cuerpo cálido de la vida, reanudar la práctica de la filosofía antigua y restituir la filosofía a quien le pertenece» (p. 112), a quien se arriesga a adueñarse de ella.

De este modo, la filosofía sirve, a todos, como un medio para su elevación. Como se subraya en el siguiente capítulo, no todos han de recorrer el camino completo, que de por sí ni es sencillo ni se debe deformar para hacerlo accesible. La democratización filosófica acarrea dar la posibilidad a todos los ciudadanos a que accedan al camino, pero no asegura que todos lleguen al nivel más elevado (eso depende de cada individuo).

La cuestión es si este proyecto filosófico está abierto a la entraña de todas las personas. El capítulo «innovar» no duda: «Uno no se convierte en filósofo. Todos nacemos filósofos. Sólo algunos lo siguen siendo» (p. 127). La pérdida de

esta naturaleza se debe a una educación primaria que castiga la pregunta y fomenta las respuestas ideológicas ya hechas. El revulsivo es obvio: filosofar desde primaria (p. 135).

La concreción en la Universidad popular no se aparta del esfuerzo que implican los estudios de alto nivel, pero los adosa a la ruptura de estructuras decimonónicas propias de los cafés filosóficos: «De la Universidad, quedémonos con la excelencia de los contenidos (teóricamente), la calidad del trabajo de preparación de los profesores y la propuesta de resultados de una investigación específicamente llevada a cabo para el público; del café filosófico preservemos la libertad de entrar y salir, la ausencia de selección y de inscripción, de control y de verificación de los conocimientos, o de un nivel mínimo, la gratuidad integral» (p. 140).

Las ínfulas incendiarias de Onfray se mantienen hasta el último aliento de su obra: cuando propone su Universidad popular arremete contra las existentes. Para él, esta institución se ha vaciado de sustancia, en muchos casos, canjeando su origen como templo para la construcción de la inteligencia colectiva por un recreo de socialización: «sigue siendo popular, pero ha dejado de ser universitaria» (p. 144); por tanto, las soflamas de liberación social, propias, por ejemplo de la Universidad Popular Segoviana, en la que participase Antonio Machado o la institución *La Obra*, de naturaleza sindical-emancipadora creada por el padre de María Zambrano, quedan puestas en entredicho. Al otro lado, «la perspectiva de la Universidad popular [de Onfray] no es revolucionaria en el sentido marxista del término, sino libertaria: crea oportunidades de libertad y de liberación personal, ya que sólo la construcción de un individuo radiante, soberano, solar y libertario es realmente revolucionaria» (p. 152).

El subversivo manifiesto de Onfray no deja frío al lector sino enardecido por sus argumentos. La única respuesta posible es la acción: dirigirse a las barricadas para defender las propias posturas con una respuesta encendida, sea en oposición fogosa o apología apasionada. Sin duda, la reacción que espera provocar el propio autor.

José BARRIENTOS RASTROJO